

La libertad del Trabajo

Es paradójico, pero cierto, que la aplicación de las doctrinas marxistas, ideadas y propugnadas para redimir al trabajador, conducen a su esclavización. Y esto es independiente del signo bajo el cual se introducen: el comunismo integral a la rusa, el laborismo moderado y sedicente liberal a la inglesa, el nacionalsocialismo a la alemana, el corporativismo fascista o cualquier otro sistema semejante. Lo comporta consustancialmente la doctrina misma.

La dictadura del proletariado es fatalmente una dictadura sobre el proletariado, aun cuando sus implantadores no se lo propusieran originariamente. En un régimen donde oficialmente todos trabajan ¿sobre quiénes, sino sobre los que trabajan se va a ejercer el poder dictatorial de la oligarquía que dirige y vigila el trabajo de los demás?

Lo que el socialismo se propone fundamentalmente es corregir la injusta distribución de la riqueza, no de la riqueza creada, que eso tendría pasajera y más bien teórica influencia, sino de la riqueza que se crea cada día, y de la cual depende la satisfacción de las necesidades y los deseos cotidianos de los hombres; lo que se procura es repartir mejor la producción. El sistema que la Humanidad ha ideado para ello es el dinero y el mercado, sistema tan antiguo como la historia humana, es decir, muy anterior al capitalismo.

Pero ahora se achaca al dinero y al mercado libre la esclavitud del trabajador. Lo que no se ve claro es la manera de substituir el sistema. Suprimir el dinero fué aspiración de los primitivos bolcheviques, mas no lo lograron; el dinero sigue siendo en Rusia el órgano de la distribución económica; en cambio, se ha suprimido la libre competencia, sustituyéndola por el monopolio estatal. Como el monopolizador impone los precios, fija las retribuciones y establece racionamientos según grupos y personas, la distribución se halla totalmente en sus manos, de modo que ejerce un poder tan despótico como el de vida o muerte de las antiguas tiranías: el poder de dar o no de comer.

La liberación del trabajador sólo puede venir de la verdadera libertad económica; así se ha creído siempre hasta los tiempos actuales. Las revoluciones del final de la Edad Media fueron revoluciones en pro de los fueros y libertades de los ciudadanos contra la tiranía feudal. Las de la Edad Moderna contra las monarquías absolutas, que habían cosechado en definitiva los beneficios de

la lucha contra el feudalismo, fueron económicamente revoluciones contra las reglamentaciones artesanales y comerciales, que había llegado a resultar asfixiantes para el progreso industrial y mercantil.

Se cree generalmente que esas revoluciones, dirigidas por las clases medias, resultaron por esto en su provecho, pero no es exacto; se hicieron intencionalmente en beneficio de todo el pueblo. Si resultaron en beneficio de la burguesía, es porque no se vieron ni se supieron desarraigar todas las causas de coerción económica; se tuvo la ingenuidad de creer que las libertades políticas y democráticas bastarían a asegurar la independencia de todos los ciudadanos; profundo error; sin la libertad de emplear el propio trabajo en procurarse lo necesario para la subsistencia, las libertades políticas resultan ilusorias. De aquí que las masas se hayan desentendido de unas libertades que sólo pueden interesar a quienes tienen resuelto el problema básico de la vida.

Mas ahora, buscando la seguridad económica, el trabajador se halla en trance de perder todas las libertades: las económicas y por ende las políticas. Cuando se dé cuenta de su real esclavización, una enorme revolución liberadora será necesaria. A medida que el trabajo adquiere más seguridades y garantías, contrae mayores obligaciones compulsivas, hasta llegar al trabajo obligatorio; su tutela implica su servidumbre. La libertad del trabajo no existe en Rusia, y en la democrática Inglaterra se habla por los propios dirigentes obreros de la necesidad de suprimir la libertad de contratarse libremente el trabajador y de trabajar o no según le plazca.

La obligación del trabajo se halla impuesta por la Naturaleza; para subsistir hay que trabajar, pero entre la obligación natural cumplida voluntariamente y la obligación compulsiva impuesta por la ley, media toda la diferencia que existe entre el hombre libre y el esclavo. Y la esclavización por el Estado puede ser la más tiránica, porque ningún poder superior la modera ni la limita.

Cualquier cosa que la evolución presente del mundo traiga, se habrá de volver en lo futuro al mercado libre, única base positiva de la libertad y de la democracia. Las injusticias que se le achacan, y que realmente existen, se deben a que el mercado de trabajo se halla desequilibrado por esa tendencia a la desocupación que es la plaga del sistema capitalista. El exceso de brazos deprecia

el trabajo, como el exceso de mercancía envilece su precio. La misma causa que deprecia el trigo o el café, mientras hay seres que padecen de su falta, hace que el trabajo, que no es una mercancía inferior, sino el agente productor de todas ellas, resulte al parecer superabundante y se envilezca. El error de la política socializante consiste en su-poner que, para destruir ese círculo vicioso, hay que dar martillazos en ese precioso mecanismo de distribución libre creado en el mercado y el dinero.

Esto es tan absurdo como pretender liberar al trabajador, destruyendo los mecanismos automáticos creados por la Técnica. No han faltado los destructores de máquinas, pero no se enmiendan unos absurdos cometiendo otros. Lo que se logra es destruir la libertad al mismo tiempo que la eficacia, y, en fin de cuentas, tener menos justicia y menos bienestar.

GERMÁN BERNÁCER